

ECOS DE LA PALABRA

“Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos”.

**VI DOMINGO DE PASCUA
Juan 15,9-17**



Después de haber escuchado el Domingo pasado la alegoría de la vida que es Cristo y su aplicación personal - “sin Mí no podéis hacer nada”- seguimos leyendo en el Evangelio de San Juan el discurso de despedida de Jesús en la última Cena; hoy llegamos a lo que podríamos llamar su “testamento espiritual”. Ahora recibimos estas palabras en un contexto diferente, como despedida antes de la fiesta de la Ascensión, pero es el mismo Jesús, presidiendo la mesa de su Cena mística, el que nos entrega el núcleo esencial de su mensaje: “Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que Yo os mando: que os améis unos a otros como yo os he amado”.

Hacemos un momento de silencio para pedir al Espíritu Santo que nos ayude a comprender y vivir la Palabra.

“Cuando el amor o el afecto por una persona se convierte en afán de poseerla, nos viene el miedo a perderlo. Y este miedo a perder el amor “conquistado” hace a menudo la relación más difícil, menos fluida y más desconfiada.

Se puede tener la sensación de que el amor se mueve en cierta inseguridad. Ya cuando el pequeño no quiere comer, su madre le dice: “Cariño, si no comes, la mamá no te quiere”. Sabemos que una madre amará siempre, pero a menudo el lenguaje traiciona u oculta el amor incondicional, o sea, sin exigencia de contraprestaciones.

Pero hoy el evangelio subraya que el amor de Dios no pone ninguna condición, no es algo que tenemos que conquistar, sino que se nos da gratuitamente: No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido.

Dios nos ama siempre, Dios es Amor, también cuando nuestra conducta no es digna de un hijo de Dios. En este caso, no es Él quien se aleja de nosotros, sino que somos nosotros los que buscamos otro camino. Se puede decir que el esfuerzo mayor de Jesús es convencernos a cada uno de que Dios Padre nos ama siempre.

Es verdad que dice Jesús: Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. Pero “hacer lo que Él manda”, no es una condición para ofrecernos su amistad sino una necesidad nuestra para no alejarnos del amigo. El no hacer lo que él nos ofrece es una opción personal nuestra que nos aleja de Él. Pero su amor continúa incluso después de que lo hayamos rechazado. Siempre nos será posible volver, porque su primer amor no ha cambiado a pesar de nuestra infidelidad.

Dice Jesús que nos ha hablado de su amor incondicional para que su alegría esté en nosotros, y nuestra alegría llegue a plenitud. Tenemos un motivo fundamental para no perder la alegría, para no tener miedo: Dios nos ama siempre. En la vida hay muchas incertidumbres: un acontecimiento imprevisto puede hacer pasar de la fortuna a la desgracia, y al revés. Pero hay una cosa que no cambiará nunca: el amor que Dios nos tiene. Él nunca nos abandonará. Hay motivos para la alegría”.

Iñaki Otano



Un amor sin condiciones